

## Meditaciones para niños

1. El amor de la Esclava .....	1
2. La gratitud obligada .....	2
3. La más guapa y la más buena .....	2
4. El amigo provechoso .....	2
5. La muerte del egoísmo .....	3
6. Un personaje a mi lado .....	3
7. Siempre se puede ayudar .....	4
8. Es mejor a la primera .....	4
9. El trabajo del estudiante.....	4
10. El matrimonio.....	5
11. El paralítico que bajó de la terraza .....	5
12. Los desvelos del militar .....	6
13. La enferma que tuvo fuerzas .....	6
14. El ciegucecito incansable.....	6
15. Un atrevimiento estupendo.....	7
16. El joven del caballo negro .....	7
17. La viuda pobre super-rica .....	8
18. El perfume de la mujer arrepentida.....	8
19. El demonio y su familia .....	8
20. El bueno que se volvió malo.....	9
21. Es mejor ser valiente.....	9
22. El silencio más difícil.....	10
23. Saber perdonar .....	10
24. La prueba de amor sincero.....	10
25. Una realidad maravillosa .....	11
26. La llorona que fue feliz .....	11
27. Los médicos del alma.....	11
28. El Pastor y las ovejas.....	12
29. El encargo que todos tenemos .....	12
30. El gran Regalo.....	13

### 1. El amor de la Esclava

(San Lucas 1,26-28)

La primera persona que habló con Jesús fue su Madre, la Santísima Virgen María.

Ella no esperaba este regalo, aunque había pedido mucho a Dios que enviase al Salvador de los hombres.

Cuando el Ángel Gabriel le dijo que Ella sería la Madre de Jesús, contestó inmediatamente: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y como dijo que sí a Dios, Dios empezó a vivir en Ella como un niño.

La Virgen se puso muy contenta y comenzó a repetirle muchas veces: Jesús, te amo; Jesús, te amo; Jesús, te amo con todas mis fuerzas.

Al mismo tiempo, empezó a preparar su casa para que cuando naciese Jesús se encontrase a gusto.

Cada vez que recibimos la Sagrada Comunión, Jesús viene a nuestra alma y se la debe encontrar preparada, es decir, muy limpia.

Para eso es muy bueno decirle muchas veces: Jesús, te amo con todas mis fuerzas. Cuantas más veces, mejor.

No importa el sitio ni la hora. Jesús te oye siempre aunque lo digas sólo con el pensamiento.

Y no se cansa de que le repitas siempre lo mismo, porque eso es lo que más le gusta. Si tú se lo dices, Jesús también te hablará. ¿Sabes cómo? Recordándote, cuando te hayas olvidado de Él, que también te ama con todas sus fuerzas.

## 2. La gratitud obligada

*(San Mateo 1, 18-24)*

San José se enteró de que Jesús estaba ya en el seno de la Virgen María porque se le apareció un ángel mientras dormía.

Hasta ese momento estuvo muy preocupado, pues, no sabiendo que Jesús era el Hijo de Dios, pensó que tendría que separarse de la Virgen María, a quien quería más que a nadie.

Con el aviso del ángel se llenó de alegría y se fue a adorar al Niño Dios y a felicitar a su Madre, la Virgen.

Entró en la habitación de Ella y se puso de rodillas sin decir nada; pero al ratito se le saltaron las lágrimas de emoción, porque Dios estaba ya en la tierra para salvarnos a los hombres.

La Virgen lloró también, pero menos. Luego, los dos empezaron a dar gracias a Dios por lo bueno que era con ellos y con todos los hombres.

A nosotros nos gusta que nos agradezcan los regalos que hacemos. Y si nos dan las gracias, nos sentimos con ganas de hacer nuevos regalos.

Con Jesús pasa lo mismo. Si le agradecemos, nos hace más regalos.

¿Qué nos ha dado Jesús hasta ahora? Unos papás muy buenos; unos abuelitos que nos quieren mucho; unos hermanos que juegan con nosotros... y muchas cosas más.

Pero sobre todo nos ha dado, con la Comunión, todo su Amor.

Con San José y la Virgen María debemos decirle:

Muchas gracias, mi Señor, por darme todo tu amor.

## 3. La más guapa y la más buena

*(San Lucas 1,39-45)*

Santa Isabel era prima de la Virgen María, pero mucho mayor. También iba a tener un niño al que pondría el nombre de Juan y que, más adelante, bautizaría a nuestro Señor.

La Virgen fue a ayudar a Santa Isabel porque el Ángel Gabriel le había avisado de que ya faltaba poco tiempo para que naciese el niño de su prima.

Cuando llegó María, acompañada de San José, a la casa de Isabel, ésta supo que Jesús estaba en el seno de su Madre y le dijo a la Virgen unas cosas muy bonitas.

Empezó repitiendo las mismas palabras que el Ángel Gabriel había pronunciado: Bendita tú eres entre todas las mujeres.

A Jesús le gusta mucho que le digamos a la Virgen que no hay nadie como ella, porque esa es la verdad.

El único mejor que la Virgen María es Dios. Ella es la más guapa y la más buena. Y también la que más ha querido y quiere a Dios.

Por eso, la mayor tontería que puede hacer un hombre o una mujer es olvidarse de querer a la Madre de Dios. Y lo mejor que se puede hacer es alabarla, como hizo Santa Isabel.

Es muy fácil. Basta con decirle una frase muy corta: Más que tú, sólo Dios.

Lo puedes hacer cuando veas en la iglesia, en el colegio, en tu habitación o en tus libros una estampa o un cuadro de la Virgen.

## 4. El amigo provechoso

*(Tobías, capítulos 5, 6, 7 y 11).*

Los abuelitos de Jesús se llamaban San Joaquín y Santa Ana. Ellos se enteraron por la Virgen de que Jesús iba a nacer dentro de pocos meses y ayudaron a su hija María y a San José a preparar la ropa del Niño Dios, la cuna y la casa.

Cuando nació Jesús, los abuelitos iban a verle con mucha frecuencia y cuando creció un poco, le llevaban dulces hechos con dátiles y miel.

Santa Ana le contaba muchas historias del Antiguo Testamento. Y siempre, antes de irse, le daba al Niño Jesús un beso en la frente.

La historia que más le gustaba contar era la de Tobías y el Arcángel San Gabriel. Trata de Tobías que, para cobrar un dinero que le debían a su padre, tuvo que viajar a un país lejano. Su padre no podía trabajar porque se había quedado ciego.

Como Tobías era muy joven y nunca había viajado solo, su padre no le dejó ir más que con un compañero que sabía bien el camino.

Este buen amigo le enseñó muchas cosas importantes: a cruzar los ríos; a pescar y a alimentarse con el pescado; a vencer al demonio; a elegir una buena esposa y a curar la ceguera de su padre.

Cuando terminó el viaje, le dijo su verdadero nombre: era Rafael, uno de los ángeles que están más cerca de Dios. Tú también puedes hacerte su amigo diciéndole con frecuencia: San Rafael, ayúdame en mi camino.

## 5. La muerte del egoísmo

*(San Lucas 2, 1-7)*

Cuando la Santísima Virgen y San José ya lo tenían todo preparado para que naciese el Niño Dios, el Emperador de Roma quiso hacer una lista de todos los judíos y mandó que los descendientes de David fueran a Belén.

La Virgen, que necesitaba reposo porque el Niño Jesús ya iba a nacer, viajó montada en un burrito. San José, que no se separaba de Ella, iba a pie. Llegaron a Belén muy cansados.

Allí había un hombre que tenía una posada. Pero como tenía todas las habitaciones ocupadas y él sólo pensaba en el dinero, no quiso recibirles y el Niño Jesús nació en una cueva donde dormían los animales.

Cuando este hombre egoísta se enteró de que Jesús había querido nacer en su casa y él no le había dado sitio, sintió mucha pena y quiso arreglarlo, pero ya era tarde. Aunque Jesús le perdonó, él, por egoísta, no fue uno de los primeros en verle.

Los egoístas no le gustan a Dios. Como no ayudan a los demás, si no se corrigen, acaban lejos de Jesús.

Los niños egoístas no prestan sus cosas; no ayudan a los demás; siempre quieren los mejores sitios y las mejores cosas. A la hora de comer, sólo comen lo que les gusta. Se enfadan si sus papás no les compran todo lo que piden.

Jesús estará muy contento de ti si tú, para no ser egoísta, te esfuerzas en dejar lo mejor y lo primero para tu compañero.

## 6. Un personaje a mi lado

*(San Lucas 2,8-20)*

Los primeros que se dieron cuenta de que Jesús había nacido, además de la Virgen María y San José, fueron los Ángeles de la Guarda. Vieron al Niño Jesús y se pusieron tan contentos que no paraban de cantar.

Cada uno quería avisar a todos los hombres lo que había pasado en el Portal de Belén; pero Dios no les dejó que lo hicieran entonces.

Sólo a unos pocos les permitió que se lo contasen a unos pastores. Y éstos, dejando en el campo las ovejas, se fueron a encontrar a Jesús, a María y a José.

Vieron al Niño Dios durmiendo en un pesebre y se quedaron un buen rato acompañándole y ayudando a la Virgen María y a San José.

Después regresaron muy contentos a seguir cuidando de las ovejas.

Los Ángeles de la Guarda son nuestros mejores amigos. Dios les ha dado el encargo de acompañarnos siempre y ayudarnos para que lleguemos al cielo.

Cada hombre y cada mujer tenemos uno a nuestro lado en todos los instantes de la vida; y si le decimos que nos haga un favor, siendo una cosa buena, nos lo hace.

Casi todos sabemos la oración al Ángel Custodio:

Ángel de la Guarda,  
dulce compañía,  
no me desampares  
ni de noche ni de día.

Pues hemos de aprovechar lo bueno que es el Ángel de la Guarda y pedirle un favor: que él se encargue de prepararnos para recibir a Jesús con mucho cariño, cada vez que comulgemos.

## 7. Siempre se puede ayudar

*(San Mateo 2,1-15)*

Después de la venida de los Reyes Magos, como Herodes quería matar al Niño Dios, porque pensaba que iba a ser su enemigo, la Virgen María y San José tuvieron que irse con Jesús a otro país. Allí lo pasaron muy mal al principio: San José, sin trabajo; la Virgen María, sin casa propia ni alimentos para el Niño; y Jesús, todavía muy pequeño, necesitaba de todos los cuidados.

Pero la gente era buena y, poco a poco, les fueron dando lo que necesitaban. San José empezó a trabajar y la Virgen pudo alimentar y vestir a su Hijo.

Hay mucha gente que no tiene lo necesario y a Jesús le gusta mucho que les ayudemos con algo de lo que nosotros tenemos.

Pero tiene que ser algo que nos cueste, porque dar de lo que a nosotros no nos agrada es dar muy poco.

Cuando le regalamos algo a un pobre, Jesús lo tiene en cuenta como si se lo diéramos a Él, y nos bendice dándonos mucho más. Pero no debemos ayudar a los pobres con las cosas o el dinero de nuestros papás, sino con lo nuestro.

Piensa en algo que te gusta de lo que tienes. Después, pide permiso a tus padres para regalárselo a un niño pobre.

Si te autorizan, se lo das a alguien para que lo entregue.

Y cada vez que te acuerdes de lo que ya no tienes, repite esta oración cortita:

Jesús, José y María,  
os doy el corazón y el alma mía.

## 8. Es mejor a la primera

*(San Lucas, 2, 51-52)*

Cuando San José y la Virgen María regresaron con el Niño Jesús a Nazaret, pudieron vivir sin especiales dificultades.

Todo era normal y los días pasaban como los de cualquier otro niño. Había días que eran de fiesta y la comida era más rica. Había días en que llovía y el Niño Dios no podía salir a jugar a la calle.

Algunas tardes venían visitas y el Niño Jesús tenía que saludar y oír cómo decían que había crecido mucho.

Iba a la escuela, donde tenía que aprender muchas cosas de memoria y le ponían deberes para que los hiciera en casa.

Le gustaba mucho acompañar a San José en el taller de carpintería, pero siempre pedía permiso para coger alguna cosa con la que entretenerse.

Todos los días hacía algo estupendo: obedecer a la primera.

A Jesús no le tenían que estar diciendo las cosas varias veces. No era como esos niños a quienes hay que hablarles cada vez más fuerte para que hagan caso. Él dejaba en seguida lo que estaba haciendo y cumplía lo que le mandaban San José y la Virgen María, sin poner mala cara.

Siempre, toda su vida, Jesús obedeció con alegría: cuando era niño, a las personas mayores, empezando por San José y la Virgen; cuando fue hombre, a lo que su Padre Dios le pedía.

Y obedeció con alegría hasta morir en la Cruz por nosotros.

Procura obedecer como Jesús; y cuando te cueste hacerlo, repite:

A Jesús yo me parezco  
cuando en seguida obedezco.

## 9. El trabajo del estudiante

*(San Mateo 13,55-56)*

Un día San José se sintió mal y tuvo que acostarse a media tarde. Tenía la frente muy caliente y le dolía la cabeza. No comió nada.

Amaneció al día siguiente peor. Aunque no se quejaba, Jesús y la Virgen María se dieron cuenta de que estaba muy enfermo y llamaron al médico.

Éste dijo que sólo Dios podía curarle; pero como Jesús y la Virgen María sabían que San José ya había hecho todo lo que Dios le había encargado, pues Jesús ya era un hombre, despidieron al médico y se pusieron a hablar con San José de todo lo bueno que le daría Dios cuando muriera.

San José, conversando con la Virgen y con Jesús, se murió a los pocos días.

La Virgen lloró mucho; pero no se quejó. Jesús, que también lloró, se puso a trabajar en la carpintería, para poder atender a los gastos de la casa.

Como San José le había enseñado su oficio, todos los de Nazaret le encargaban trabajos, y Él los hacía.

Nunca, a pesar de que podía porque era Dios, hizo Jesús un sólo milagro para trabajar menos; y eso que se cansaba, porque también era hombre y le costa cumplir con su deber.

Nuestro trabajo, si es el que quiere Dios y está bien hecho, sirve para agradar a Jesús y para irnos al cielo.

El trabajo de un estudiante es estudiar y hacer los deberes.

Te ayudará mucho el tener en tu cuarto un letrado que diga:

Si ser buen cristiano quieres,  
haz primero los deberes.

## 10. El matrimonio

*(San Juan 2,1-11)*

Dios quiere que vivan muchas personas y que se vayan al cielo. Para eso estableció el matrimonio, que es la unión de un hombre con una mujer para toda la vida.

Dios bendice a los que se casan y por eso se hace una fiesta.

Jesús hizo su primer milagro en una boda, a la que fue con su madre, la Virgen María, y con sus discípulos.

Allí convirtió el agua en vino para que no se arruinase la fiesta. Así nos enseñó que el matrimonio es algo muy bueno y que le da alegría.

Para que haya matrimonios, Dios hizo niños y niñas y puso en su cuerpo algo distinto que sirve para agradar a Dios cuando se usa para transmitir la vida a los hijos.

Si se portan como Dios quiere y respetan su cuerpo para ser buenos papás y mamás cuando sean mayores, entonces tienen la santa pureza; pero si no lo hacen y miran, hablan o hacen cosas sucias, entonces se parecen a los animales, que no pueden vivir la Pureza.

Para tener la santa Pureza lo mejor es pedírsela a la Virgen María, que es toda Pura. Para que ella te ayude ahora y durante toda tu vida hay una oración muy bonita:

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea,  
pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza.  
A ti, celestial Princesa, Virgen Sagrada, María,  
te ofrezco desde este día alma, vida y corazón.  
Mírame con compasión, no me dejes, Madre mía.

## 11. El paralítico que bajó de la terraza

*(San Marcos 2,3-12)*

Tenía cuatro amigos que iban a verle con mucha frecuencia, porque era paralítico y no podía levantarse de la cama. Un día vino Jesús al pueblo en que vivían y se corrió la voz de que estaba curando a los enfermos.

Los cuatro amigos pensaron en el pobrecito que no se podía mover y entre los cuatro, en una camilla, lo llevaron a la casa donde estaba Jesús.

Allí había tanta gente que no se podía entrar, pero ellos no se desanimaron. Subieron al paralítico a la terraza, que era de madera, y quitando unas tablas, le descolgaron con unas cuerdas delante de Jesús.

Al ver nuestro Señor que eran tan buenos amigos y que confiaban en que le curaría, primero le perdonó todos sus pecados, que es el mejor regalo que Jesús nos hace, y después, como había algunos que le criticaban, porque perdonar sólo lo puede hacer Dios, para que se convenciesen de que Jesús es Dios, le mandó al paralítico que cogiese su camilla y se fuera a su casa.

Cuando el que antes no podía moverse salió caminando tan tranquilo, todos se quedaron con la boca abierta.

A Jesús le gusta mucho que ayudemos a nuestros amigos en lo que nos necesiten. Y le agrada especialmente que se los llevemos a Él para que les perdone los pecados.

Cuando veas que algún amigo hace cosas que no le gustan a Dios, procura ayudarle a que cambie.

Para que Jesús nos perdone a todos, puedes decirle:

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,  
ten piedad de nosotros.

## 12. Los desvelos del militar

*(San Mateo, 8,5-13)*

Siendo militar, sabía mandar a los soldados del ejército romano que estaban a sus órdenes.

Pero tenía también empleados en su casa que le servían haciendo la comida, lavándole la ropa y cuidando de la limpieza.

Uno de ellos se puso muy enfermo, y como parecía que se iba a morir, él se preocupó mucho; tanto que decidió buscar a Jesús para que curase a su empleado.

Como los judíos sabían que aquel centurión era un buen hombre, le recomendaron a Jesús que lo atendiese, aunque no pertenecía a su raza.

Nuestro Señor oyó lo que le contó de su sirviente y le prometió ir a su casa, pero él no quiso. Pensó que no se merecía recibir a Dios y le dijo con toda confianza: Señor, no soy digno de que entres en mi casa.

Todos se quedaron callados y añadió el centurión: Pero una palabra tuya bastará para sanar a mi criado.

Jesús alabó a este romano que creía en Él y le aseguró que su servidor ya estaba sano. Cuando volvió a casa, comprobó que, justo a esa hora, se había curado.

Este militar nos enseña también a tener cariño a los empleados, a los maestros, a los catequistas, y a tratarlos bien.

Jesús los ha puesto para que nos sirvan; pero también para que los niños aprendan muchas cosas buenas. Al obedecerles en lo que nos dicen por encargo de nuestros padres, demostramos que queremos a Jesús.

El ángel que habló con la Virgen María también era un sirviente enviado por Dios. Por eso, Ella le dijo:

He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

## 13. La enferma que tuvo fuerzas

*(San Marcos 5,25-34)*

Los que la conocías bien habían visto cómo cada vez estaba peor. Era casi un esqueleto, de flaca que estaba.

Además sabían que en doce años que llevaba enferma, se había gastado toda su fortuna visitando médicos, pero ninguno había podido curarla.

A pesar de su debilidad, viajó a Galilea para ver a Jesús, porque estaba segura de que con sólo tocar su manto se pondría buena.

Cuando llegó a donde estaba Jesús, se encontró muchísima gente a su alrededor. Tuvo que empujar y abrirse paso con los codos, pero al fin pudo tocarle un poquito la ropa y al instante se curó.

Ya se iba toda contenta cuando oyó que Jesús preguntaba: ¿Quién me ha tocado?. Ella se asustó mucho, pensando que se había portado mal, y tuvo ganas de salir corriendo; pero prefirió decir la verdad. Temblando de miedo, contó en voz alta lo que le había pasado y Jesús le dijo: Vete en paz.

Al comulgar hacemos mucho más que tocar el vestido de Jesús: Él viene a nuestra alma para ayudarnos a ser buenos.

Jesús quiere mucho a las personas que dicen siempre la verdad aunque les cueste.

A nuestros padres también les gusta que les digamos toda la verdad, porque así nos ayudan a ser mejores.

Si alguna vez te da miedo contar la verdad, acude a tu Madre del Cielo repitiéndole:

Ayúdame Madre mía  
a decir la verdad con valentía.

## 14. El cieguecito incansable

*(San Marcos 10,46-52)*

Bartimeo era un ciego que no tenía a nadie que le cuidase. Todos los días salía al camino para pedir limosna a los que pasaban.

Una niña que vivía cerca le traía muchas veces un poco de pan y conversaba un ratito con él.

Una tarde, ella le contó que un tío suyo había conocido a Jesús y había visto cómo curaba a un paralítico que no podía moverse.

Pero como Bartimeo no tenía a nadie que le llevase a donde estaba Jesús, comenzó a pedir -sin cansarse- que Jesús pasase por su camino.

Un día, sin esperarlo, oyó que venía mucha gente y, cuando preguntó qué pasaba, le dijeron que un poco más atrás venía Jesús.

Emocionadísimo, Bartimeo empezó a gritar: ¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mi!  
Lo repitió muchas veces y cada vez más fuerte. Tanto que alguien le dijo que no molestase, pero él gritó mucho más.

Jesús le oyó, mandó que se lo trajeran y le curó los ojos. Bartimeo, saltando de alegría, se fue detrás de Jesús dándole las gracias.

Como Bartimeo, no hemos de cansarnos de pedirle a Jesús lo que necesitamos, porque si eso que pedimos no nos aparta de Él, es seguro que nos escuchará y nos lo dará. Lo mejor es pedirle:

"Oh, buen Jesús,  
haz que sea un cristiano  
según tu corazón"

## 15. Un atrevimiento estupendo

*(San Lucas 19,1-10)*

Zaqueo era un hombre que tenía mucho dinero. En Jericó todos le conocían porque era el jefe de los que cobraban los impuestos.

La gente no le quería porque a veces cobraba más de lo justo. Era tan bajito que cuando le querían molestar le llamaban "enano".

Un día que Jesús llegó a Jericó, mucha gente fue a estar con Él y también fue Zaqueo. Pero como era tan bajo, no alcanzaba a verle.

Sin importarle que se rieran de él, se subió a un árbol que había en el camino que seguiría Jesús. Y allí le encontró nuestro Señor cuando pasó un poco más tarde.

Oye Zaqueo -le dijo Jesús- baja enseguida que quiero ir a tu casa.

Bajó de un salto y se fue muy contento con Jesús.

A Jesús le gusta que le busquemos para estar con Él. Cuando comulgamos le recibimos en nuestra alma; pero no siempre podemos comulgar. A veces, porque estamos enfermos o no hay quien nos lleve; otras veces, porque tenemos un pecado grave y no nos hemos confesado. Entonces podemos hacer una Comunión Espiritual, que es desear recibir al Señor. Se puede hacer, por ejemplo, con estas palabras:

Yo quisiera, Señor, recibiros con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los Santos.

Se pueden hacer Comuniones Espirituales a cualquier hora, en cualquier sitio y todas las veces que queramos.

## 16. El joven del caballo negro

*(San Mateo 19,16-22).*

Tenía un caballo negro, con una manchita de pelo blanco en la frente, que le había regalado su padre hacía unos meses, cuando cumplió los veinte años.

Nunca se separaba de su caballo, pero para ver a Jesús tuvo que ir andando porque nuestro Señor estaba rodeado de gente.

Jesús le miró a los ojos y vio que era un joven bueno porque cumplía muy bien la Ley de Dios desde pequeño y porque quería, no sólo ser mejor, sino ser perfecto, es decir, amar a Jesús con todas sus fuerzas.

Jesús le pidió que vendiera todo y diera el dinero a los pobres, y que después se fuera con Él y con los Apóstoles a enseñar el Evangelio y a curar a los enfermos y a los pecadores.

Lo que Jesús le propuso le gustó al principio; pero luego pensó en su caballo y en su padre. Se acordó de lo blanda que era su cama y de lo bien que estaba en su casa. En lugar de decidirse, se acobardó y se dio la vuelta mirando al suelo; montó en su caballo negro y se fue muy triste por donde había venido.

A Jesús también le dio pena.

Cuando Jesús pide una cosa debemos dársela, aunque sea lo que más nos gusta.

Para que, cuando seas mayor, te diga Jesús lo que quiere de ti, te escribo una poesía que le sirvió a muchos santos:

Tuyo soy, para ti nací,  
¿qué quieres, Señor, de mi?

## 17. La viuda pobre super-rica

*(San Lucas 21,1-4).*

Olía un poco mal porque con las limosnas que le daban apenas le alcanzaba para comer y no tenía dinero ni para lavar la ropa vieja que llevaba puesta.

Siendo ya de edad, le costaba mucho trabajo subir y bajar las gradas del templo, pero no dejaba pasar una semana sin hacerlo.

Siempre que iba echaba algunas moneditas en el cepillo para ayudar a los sacerdotes y a los pobres. Un día, sin darse cuenta, por el camino del Templo se le perdieron todas las moneditas que tenía, menos dos. Y cuando fue a hacer su ofrenda, vio que le quedaba lo justo para comprar un poquito de pan.

Tenía mucha hambre; pero prefirió quedarse sin comer y darle a Dios lo poco que tenía. Después de echar las dos moneditas sin llamar la atención, se fue a seguir pidiendo limosna.

Pero Jesús, que estaba cerca, se dio cuenta de todo. Se puso muy contento y les dijo a sus discípulos: Esta viuda ha echado más que nadie.

A nuestro Señor le gusta todo lo que damos con cariño, aunque sea una cosa muy pequeña, como doblar la ropa o comernos toda la sopa que nos ponen.

Es muy bueno que al levantarnos le digamos de verdad:

Todos mis pensamientos, palabras y obras de este día,  
te los ofrezco, Señor, y el alma mía.

También podemos decir esto cuando nos cueste cumplir una pequeña obligación o cuidar un pequeño detalle.

## 18. El perfume de la mujer arrepentida

*(San Lucas 7,36-50).*

Queriendo oír lo que Jesús decía, un fariseo llamado Simón le invitó a comer en su casa con unos cuantos amigos. Jesús aceptó porque quería ayudarle.

Entonces no comían sentados sino recostados, como todavía se hace en algunos países. Tampoco había cubiertos, sino que comían con las manos, después de lavárselas.

Mientras comían, y sin que se diesen cuenta, entró una mujer y empezó a lavar los pies de Jesús con un perfume carísimo. Al oler el perfume, todos la miraron; pero Jesús no dijo nada.

Ella, notando que la miraban, se puso nerviosa y derramó casi todo el frasco. Más nerviosa todavía, se puso a secar los pies del Señor con sus cabellos, y de vez en cuando, como quería mucho a Jesús, le daba besos en los pies.

Simón pensó que si supiese Jesús lo mala que era la mujer, no dejaría que hiciese aquello, pero no dijo nada.

Nuestro Señor, que ve lo que pasa en nuestra alma, le dijo al fariseo: Oye, Simón: tú no me has dado agua para lavarme las manos, ni perfume; ni me has saludado con un beso al llegar. Pero esta mujer me ha querido mucho más y por eso le perdono todos sus pecados.

Jesús tiene en cuenta todos los detalles de amor que tenemos con Él, y también los de educación. Los niños mal educados no le gustan. Por eso, cuando estamos en la iglesia no hemos de hablar en voz alta ni molestar a los demás.

Al saludar al Señor en la Sagrada Eucaristía, doblando la rodilla, debemos hacerlo despacio y bien. Si añadimos Te adoro con devoción, Dios escondido, Jesús verá que le amamos mucho.

## 19. El demonio y su familia

*(San Juan 8,37-47)*

La gente quería mucho a Jesús porque siempre decía la verdad. Él explicaba que Dios quiere tanto a los hombres que les perdona cuando se arrepienten de sus pecados. También enseñaba que hay un cielo, con mucho más de lo que se puede imaginar, para que allí sean eternamente felices los que aquí en la tierra procuran portarse como buenos hijos de Dios.

Pero había unos pocos que no le querían. Eran los fariseos. Estos judíos presumían de saberlo todo y de ser los que mejor obedecían a Dios. Pero era mentira. Todo lo que decían o hacían era para quedar bien y darse importancia.

Parecían buenos por fuera, pero por dentro eran envidiosos y egoístas.

Como Jesús les decía también a ellos la verdad, les llamó hipócritas, que quiere decir mentirosos. Se lo decía para que cambiasen y se portasen bien; pero ellos no le hicieron caso y al final, viendo que la gente quería tanto a nuestro Señor, decidieron matarle.

La mentira es lo que más le gusta el demonio. Él es, como dijo Jesús, el padre de la mentira.

Cuando una persona se vuelve mentirosa, aunque empieza engañando en cosas pequeñas, se hace de la familia del demonio. Por eso termina no queriendo a Jesús y ayudando a que sufra.

Siempre hemos de decir la verdad. Y si el demonio nos pone vergüenza para que nos hagamos de su familia con mentiras, hemos de responderle:

La vergüenza, para pecar,  
pero no para decir la verdad.

## 20. El bueno que se volvió malo

*(San Juan 12,4-6; San Lucas 22,3-6; San Mateo 27,3-5).*

Jesús tenía doce amigos que iban con Él a todas partes. Uno de ellos se llamaba Judas Iscariote y era el encargado de guardar el dinero.

Había visto los milagros que hacía Jesús y sabía lo bueno que era; pero empezó a portarse mal: cogía de lo que Jesús tenía para los pobres. Después, mientras robaba cada vez más, inventaba mentiras para excusarse: pensaba que Jesús malgastaba las cosas que le regalaban.

Así, con esa mentira, habló con los fariseos y se dejó convencer por ellos de que Jesús engañaba a la gente.

Como los fariseos habían decidido matar a Jesús, Judas les avisó dónde y cuándo podían cogerle preso, sin que la gente, que tanto quería a nuestro Señor, pudiera defenderle.

Todo salió como lo habían planeado y, de noche, se llevaron a Jesús atado, para que no se escapase.

Judas se arrepintió después de lo que había hecho; pero creyó que Jesús no le perdonaría. Desesperado, se ahorcó colgándose de un árbol.

¿Cómo se hizo Judas tan malo? Poco a poco. Haciendo cosas malas y no contándole a Jesús sus pecados para que le perdonase.

Para no volverte malo es necesario que te confieses cada vez que haga falta. Y, si puedes hacerlo, es mejor que te confieses cada semana, aunque sólo tengas pecados veniales, es decir, pequeños. Nunca olvides que:

Quien huye del confesor  
ya comienza a ser traidor.

## 21. Es mejor ser valiente

*(San Mateo 26,48-56 y 69-75)*

Cuando los fariseos fueron a coger preso a Jesús, uno de los apóstoles cogió una espada y quiso defenderle. Fue San Pedro.

Como no tenía mucha práctica con la espada y era de noche, aunque apuntó a la cabeza, sólo le cortó la oreja al primero que quiso agarrar a Jesús.

Al ir a dar otro golpe con la espada, nuestro Señor le detuvo, enseñándole que todos los que son amigos de la violencia morirán violentamente. Y además le dijo que, si quisiera, su Padre Dios le mandaría inmediatamente un ejército de ángeles para librarle; pero que para salvarnos de nuestros pecados era necesario que se lo llevaran para matarle.

Después tocó la oreja del herido y se la curó instantáneamente.

A San Pedro no le gustó que Jesús no se resistiese y, con los demás, que estaban acobardados, huyó y dejó sólo a Jesús.

Más tarde fue a ver lo que le hacían al Señor; pero como estaba muy asustado, cuando le preguntaron si le conocía, lo negó tres veces.

Justo en ese momento sacaban a Jesús para hacerle el interrogatorio y San Pedro, al ver que el Señor le miraba con cariño, se arrepintió de haber negado que eran amigos y lloró muchísimo por haber sido cobarde.

Aunque tengamos muchas ganas de insultar o pegar a alguien, no hemos de hacerlo. Los que saben contener la ira son más valientes y se parecen a Jesús. Los que se dejan llevar del mal genio son los cobardes.

Con esta breve oración puedes pedir al Señor que nos ayude a no ser violentos:

Sagrado Corazón de Jesús,

danos la paz.

## 22. El silencio más difícil

*(San Juan 18,29-40; 19,1-16).*

Los romanos habían ocupado con su ejército todo el país de los judíos y no les daban permiso para ejecutar a nadie. Como los fariseos habían decidido que Jesús muriera, se lo llevaron al gobernador romano, que se llamaba Poncio Pilato, y ante él le acusaron con unas mentiras increíbles.

Poncio Pilato se dio cuenta en seguida de que Jesús era inocente y de que si le condenaba cometería una injusticia gravísima. Sin embargo, mandó que azotasen a Jesús con unos látigos hasta dejarle todo el cuerpo sangrando. Además, los soldados, para divertirse, se burlaron de Jesús, disfrazándole de rey con unos trapos viejos de color rojo y con una corona de espinas que le clavaron en la cabeza.

Pero ni siquiera entonces sintieron pena de él los fariseos, viéndole tan golpeado y lleno de moretones. Al contrario, con más mentiras hicieron que la gente pidiera a gritos que el gobernador le condenara a morir en la cruz.

Y Pilato se acobardó. Para no tener problemas, y a sabiendas de que obraba mal, mandó que crucificaran a Jesús. Fue una gran injusticia; pero Jesús la sufrió para pagar por nuestros pecados.

Si alguna vez te parece que te tratan injustamente, aprende a callarte, como Jesús. Por dentro, aunque te cueste mucho, dile al Señor despacito:

Quiero lo que quieres,  
porque lo quieres  
y como Tú quieres.

Después, sin enfadarte, vas y les explicas a tus papás lo que te pareció una injusticia, y haces lo que ellos te digan.

## 23. Saber perdonar

*(San Lucas 23,33-37).*

Cuando llegaron a lo alto de un montecito que se llamaba Calvario, clavaron a Jesús en la cruz y, mientras esperaban a que muriese, se burlaban de Él. Unos comentaban: A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo; pues si Dios le ama, que le libre ahora, ya que él siempre dijo que era Hijo de Dios.

Los soldados también le molestaban diciéndole: Si tú eres el rey de los judíos, sálvate.

A pesar de todo, Jesús rezaba por ellos con estas palabras: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.

Es tan bueno nuestro Salvador que quiere lo mejor incluso para los que le están matando. Nunca, por grande que sea un pecado, Jesús se queda resentido, sino que siempre está dispuesto a perdonar.

A nosotros, a veces nos cuesta ser así con los que nos han ofendido. Cuando nos disgustamos con alguien y no queremos olvidarlo, sino que seguimos dándole vueltas en la cabeza a lo que nos han hecho, hacemos sufrir mucho a Jesús.

Pero cuando procuramos que se nos pase en seguida y hacemos lo que podemos para reconciliarnos con esa persona, entonces se pone muy contento porque nos parecemos a Él.

Es más fácil perdonar cuando nos acordamos de lo que decimos al rezar el Padrenuestro: Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

## 24. La prueba de amor sincero

*(San Juan 19,25-27).*

La Santísima Virgen vio todo lo que pasó en el Calvario porque no se separó de su Hijo. Vio cómo le arrancaban las vestiduras, cómo se abrían de nuevo las heridas y cómo se repartían la ropa de Jesús.

Vio cómo le clavaban las manos y los pies en la cruz, causándole un dolor grandísimo. Vio cómo el Señor se retorció en lo alto de la cruz, sin poder encontrar una postura en la que el sufrimiento fuera menor. Vio cómo Jesús tenía la cara sucia y desfigurada por los escupitajos y los golpes. También como la sangre de su Hijo goteaba despacito hasta el suelo. Lo vio todo y sufrió mucho.

También le dio mucha pena que todos los amigos de Jesús, menos San Juan, le hubieran dejado solo.

Fue para la Virgen un dolor enorme; pero no protestó ni se puso nerviosa. Ella sabía que nos íbamos a salvar todos los pecadores y lo ofreció por nosotros.

Cuando Jesús estaba a punto de morir, miró a la Virgen y a San Juan y le dijo a su Madre: Ahí tienes a tu hijo. Y después le dijo a San Juan, que nos representaba a todos los hombres: Ahí tienes a tu Madre.  
¡Qué bueno es Jesús! ¡Qué buena es su Madre, la Virgen María, que es también nuestra Madre del cielo!  
Cuando algo te haga sufrir, si se lo ofreces a Jesús, estás con la Virgen junto a la cruz, ayudando a que todos los hombres se salven.

De verdad ama a Jesús  
quien le acompaña en la cruz.

## 25. Una realidad maravillosa

*(San Juan 19,28-30).*

Nosotros no podemos imaginarnos algo tan grande: Dios Padre ama tanto a Dios Hijo, y Dios Hijo ama tanto, tanto a Dios Padre, que ese amor que los dos se tienen es también Dios: es Dios Espíritu Santo. Pero no es que haya tres dioses, sino un sólo Dios, eterno, infinito, todopoderoso y lleno de amor, en tres Personas distintas.

Pues bien, en la cruz, Dios Hijo, es decir Jesús, se entregó a la muerte para que Dios Padre, conmovido por tan gran sacrificio, perdonara los pecados de todos los hombres. Y como consecuencia, Dios Espíritu Santo, que es todo amor, vuelve a estar en nuestros corazones y nos empuja constantemente a que seamos mejores.

No lo podemos entender del todo; pero lo que pasó en el Calvario vuelve a pasar cada vez que un sacerdote celebra la Santa Misa. Es un misterio de amor que sólo conocemos porque Dios lo ha dicho.

Después de las palabras de la Consagración, como ya no hay pan sino el Cuerpo de Cristo, ni vino sino la Sangre de Cristo, allí está Jesús, y vuelve a querernos como nos quiso en la Cruz: dándonos su vida. La Santa Misa es lo más grande que hace Dios por los hombres.

Tienes que ir a misa sabiendo lo que pasa, aunque no lo veas. Allí procurarás no distraerte ni hablar sin necesidad. Reza y canta con todos. Y cuando el sacerdote levante la Sangrada Hostia, ponte de rodillas y dile a Jesús en voz baja: Señor mío y Dios mío.

## 26. La llorona que fue feliz

*(San Juan 20,1-18)*

Al pie de la Cruz, con la Virgen María, estaban otras mujeres. Una de ellas se llamaba María Magdalena. Ella vio dónde habían enterrado al Señor el viernes por la tarde; y el domingo, muy temprano, fue al sepulcro; pero ya no estaba Jesús. Pensó que habían robado el cuerpo del Señor y se fue corriendo a avisar a San Pedro, que estaba con San Juan y con la Virgen. Ellos fueron a la tumba, y al entrar comprobaron que no había sido un robo, porque ningún ladrón habría dejado las telas que habían envuelto el cuerpo de Jesús como las encontraron, bien dobladas.

Sin embargo, María Magdalena no se convenció de que Jesús había resucitado y se quedó llorando en la entrada del sepulcro.

Entonces el Señor se le apareció y le habló; pero ella al principio no le reconoció. Cuando se dio cuenta de que era Jesús resucitado, ya era tarde: Jesús había desaparecido. Ella, loca de alegría, fue a avisar a los apóstoles de que Jesús había resucitado, de que no estaba muerto, sino vivo.

Jesús consiguió vencer a la muerte. Y a los que le quieren les hace también vencedores de la muerte: primero, quitándoles el pecado, que es lo que mata el alma. Y después, dándoles el cielo, que es la vida eterna, la que nunca se acaba.

Cuando te parezca que todo te sale mal, recuerda que con Jesús todo termina bien.

No estaremos nunca tristes si le decimos:

Creo en Tí, espero en Ti, te amo  
y estoy seguro de que todo lo que me pasa  
es para mi bien.

## 27. Los médicos del alma

*(San Juan 20,19-23).*

El mismo día en que Jesús resucitó, pero por la tarde, se apareció a los Apóstoles, que estaban con las puertas de la casa cerradas, por miedo a los judíos.

Les saludó deseándoles la paz, para que vieran que no les guardaba rencor por haberle abandonado; y después les enseñó las llagas de sus manos y del costado.

En seguida les entregó lo que había conseguido para nosotros con su muerte en la Cruz: Recibid el Espíritu Santo - les dijo-. A quienes les perdonéis los pecados les quedarán perdonados.

Es tan bueno Jesús que, pensando en nosotros, les dio a los sacerdotes el poder de perdonar todos los pecados, por grandes que sean.

Desde entonces el demonio está furioso, porque con ese poder que tienen los sacerdotes él ha perdido casi toda su fuerza. Ahora, lo que intenta el diablo para que los pecadores se vayan al infierno es conseguir que no se confiesen. Los hombres, sin la confesión, estamos peor que un enfermo sin médico, porque si tenemos un pecado grave no basta el arrepentimiento para comulgar. Y sin la Comunión, que es el mejor alimento espiritual, nuestra alma se va muriendo.

Hacen falta los sacerdotes, sobre todo para confesarnos y para que podamos comulgar. Por eso, vamos a decirle a Jesús, aunque el demonio se ponga rabioso:

Danos, Señor, sacerdotes santos.

## **28. El Pastor y las ovejas**

*(San Juan 21,15-17).*

Unos días antes de que Jesús se fuera al cielo, estuvo con los apóstoles a la orilla de un lago.

Comió con ellos y después le preguntó a San Pedro si le quería mucho. Y cada vez que San Pedro le respondió que sí, que le amaba, Jesús le respondió: Apacienta mis ovejas.

Así hizo Jesús a San Pedro Pastor de su rebaño, es decir, de su Iglesia, que la formamos todos los cristianos. Desde entonces la Iglesia tiene dos Pastores: uno en el cielo, Jesucristo, que la dirige de tal modo que nunca el demonio podrá destruirla; y otro en la tierra, que es el sucesor de San Pedro.

Este Pastor de la tierra es el Papa, el encargado por Dios de hacer las veces de Cristo. Todo lo que dice el Papa es como si lo dijera Jesús. Y todo el cariño que le tengamos al Papa es como si se lo tuviésemos a Jesús.

Si obedecemos al Papa estamos dentro del rebaño de Jesús, y Él nos dirige desde el cielo. Hay gente que no obedece al Papa, porque el demonio, que es el lobo, siempre quiere matar a las ovejas de Cristo.

Hemos de pedir por los que no obedecen al Papa, para que vuelvan otra vez al rebaño. Casi todos son buenos; pero están equivocados y les es más difícil salvarse.

Una oración que le gusta mucho al Papa y que sirve para que todos los hombres le obedezcan es la siguiente:

Santa María, Madre de la Iglesia,  
ruega por nosotros.

## **29. El encargo que todos tenemos**

*(Hechos de los Apóstoles 1,8-9)*

Al cumplirse cuarenta días después de la Resurrección de Jesús, el Señor se fue al cielo. Se despidió de los Apóstoles en un monte de Galilea y se fue elevando hacia el cielo hasta que ya no le pudieron ver.

En esta despedida, Jesús les dio un encargo muy importante. Les dijo que enseñaran a todo el mundo lo que debían hacer para salvarse. Y para que no tuvieran miedo les prometió que Él les ayudaría siempre, hasta que el mundo se acabe.

Los Apóstoles, igual que todos los hombres, murieron al pasar los años. Como toda su vida la emplearon en cumplir ese encargo de Jesús, se fueron al cielo y son santos.

Antes de morir repitieron a otros hombres el encargo de Jesús, y éstos también lo transmitieron a otros. Así fue pasando el tiempo hasta nuestros días. Siempre se ha cumplido el encargo de Jesús, porque su Palabra nunca deja de oírse y los cristianos saben que, mientras estén en la tierra, deben enseñar a otros el Evangelio. Esto no sólo es obligación de los sacerdotes. También los padres han de enseñarlo a sus hijos y los niños a sus amigos.

Todos los cristianos tienen este deber durante toda la vida, y Jesús les ayuda a cumplirlo.

Pero como nadie da lo que no tiene, sabiendo que Jesús a tí también te ayuda, debes conocer bien el Evangelio y tratar de vivir como quiere Jesús. Así enseñarás con tu ejemplo y con tus palabras, como los Apóstoles. Si lo haces, al final de la vida te irás al cielo y serás santo.

### **30. El gran Regalo**

*(Hechos de los Apóstoles 2,1-8)*

Diez días después de la Ascensión de Jesús al cielo, tuvo lugar el gran acontecimiento que el Señor había prometido y que cambiaría por completo la vida de los hombres: vino a la Iglesia Dios Espíritu Santo.

Un ruido como el que hace un viento muy fuerte se oyó en toda la casa donde estaban los Apóstoles haciendo oración con la Santísima Virgen María, y cada uno vio sobre los demás una llama de fuego.

Cuando desaparecieron las llamas y el ruido, los apóstoles eran de otra manera. Sintieron una fuerza grandísima que les empujaba a querer mucho a Jesús y a decir a todo el mundo que los que quisieran a Jesús se salvarían. No tenían miedo a nadie ni a nada. Hablaban y les entendían hasta los extranjeros.

Así fue el comienzo de la Iglesia que Jesús había fundado. Desde entonces el Espíritu Santo está en el corazón de los que no tienen ningún pecado grave. Desde allí, desde el centro de nuestra alma, nos mueve a ser mejores, queriendo a Jesús y haciendo que otros le quieran.

Es importantísimo ser buen amigo del Espíritu Santo, porque de eso depende que nos parezcamos a Jesucristo, que seamos santos.

Para que el Espíritu Santo nos ayude más, hemos de rechazar lo que le entristece, que es el pecado, y pedirle muchas veces:

Ven, Espíritu Santo,  
llena los corazones de tus fieles  
y enciende en ellos el fuego de tu Amor.